

LOS AMORES SECRETOS DE GARCÍA LORCA

Mario Castro Arenas

La amistad del poeta Federico García Lorca y el cineasta Luis Buñuel estuvo a punto de romperse bruscamente cuando ambos moraban en la Residencia de Estudiantes de Madrid, a finales de la década de los veinte. En la Residencia de Estudiantes circulaba el rumor a *sotto voce* de que García Lorca era homosexual. El estudiante vasco Martín Domínguez comentó a Buñuel en tono malévolo los rumores sobre la dudosa virilidad del granadino. El cinematógrafo aragonés, por entonces un robusto y vociferante gañán que aturdiría los lenocinios de Madrid y Barcelona con sus puños de leñador, perseguía a los pederastas en los urinarios públicos para burlarse y golpearlos. Los biógrafos de Buñuel anotan que estas iracundas reacciones tenían trasfondo personal y se debían probablemente a que su hermano menor Alfonso era homosexual declarado.

Al conocer las insidiosas versiones sobre el joven poeta que rodaban bajo los chopos de la Residencia de Estudiantes, Buñuel irrumpió en la habitación de Federico y le soltó a quemarropa la pregunta: “¿Tú eres maricón?”. Federico le miró de arriba abajo y le respondió con voz tajante: “Tú y yo hemos terminado”. Desde entonces se avinagraron las relaciones, agrandándose hasta transformarse en un encono abierto cuando el pintor catalán Salvador Dalí cayó bajo el hechizo humano y estético del autor de la “Oda a Walt Withman” y el pichón de director cinematográfico intrigó sañudamente para separar al pintor y al poeta, grandes amigos.

En las mesas redondas y seminarios abordados en España –y en el libro de Jean-Louis Schonberg, F. G. L. l’homme, l’oeuvre, Plon, París, 1965– por la celebración del centenario del nacimiento de Federico García Lorca se abordó abiertamente, y con franqueza, el asunto de la homosexualidad, dado que algunos críticos y profesores aseveran que en su inclinación sexual reside la fuente de los conflictos espirituales que atraviesan y laceran su obra literaria. En víspera del viaje a Nueva York y La Habana, Federico escribió una carta a sus padres, desahogándose del conflicto que lo torturaba: “Yo no quiero de ninguna manera que estéis indignados conmigo. Esto me apena. Yo no tengo culpa de muchas cosas mías. La culpa es de la vida y de las luchas, crisis y conflictos de orden moral que yo tengo”, confió el poeta a sus progenitores. La carta reveladora de la ambivalencia sexual desliza elementos para interpretar el conflicto subyacente

entre una homosexualidad de raíz genética, una desviación cultivada por la educación feminoide recibida en el seno familiar o una homosexualidad adquirida por depravación dionisiaca. “La culpa es de la vida”, explicó Federico, asumiendo la condición de su pederastia por un desequilibrio hormonal orgánico completamente ajeno a su capacidad de elección.

En esta dirección, la “Oda a Walt Withman” de su libro “Poeta en Nueva York” contiene información clave para analizar el origen de la homosexualidad de García Lorca, al distinguir entre la homosexualidad de nacimiento y la homosexualidad de perversión. Como se conoce, el famoso poeta norteamericano es un fetiche emblemático de los artistas homosexuales. Por muchos años, Withman ha sido ponderado por sus saluciones a la fraternidad viril, a la camaradería entre los hombres sólo por ser hombres.

El crítico norteamericano Malcolm Cowley señala en un estudio que cuando Withman dice camarada en sus poemas, en realidad quiere decir compañero de juegos sexuales. El poeta de “Canto a mí mismo” llevó doble vida como hombre público y homosexual privado. De acuerdo a Cowley, llegó a tener amoríos casuales y frecuentes con motoristas de los tranvías y ferrocarriles, soldados, gente ruda y corriente, en resumen. Durante la guerra civil concurría a los hospitales de campaña para ayudar en la atención a los heridos. Pero se cuidó de auxiliar a los oficiales de barba geométrica. Prefería a los cornetas adolescentes o a los soldados de los regimientos. Subía a los tranvías para ayudar a las madres que viajaban de pie con sus pequeños hijos en el seno y él los cargaba y los arrullaba y acunada entre su barba frondosa de leñador apócrifo.

García Lorca vio en Withman la encarnación de su drama íntimo. Cuando viajó a la ciudad de Nueva York, donde lo aguardaba Ángel del Río y Federico de Onís y sus familiares, observó cómo circulaban los pederastas en un escenario urbano relajado y permisivo, como contraste dramático a las represiones que los inhibían en la España conservadora e intolerante bajo la dictadura reaccionaria de Primo de Rivera. Homosexuales de todas las razas y colores se desplazaban por las tabernas y círculos de artistas de los barrios bohemios de Nueva York. Ese ambiente de indulgencia y liberalismo sexual que García Lorca allá percibió en los alrededores del village bohemio propició una liberación espiritual que, a través de Withman, trasuntó su problema homosexual.

Dice en la célebre oda:

Por eso no levanto mi voz, viejo Walt Wihltman
contra el niño que escribe nombre de niña en su almohada,
ni contra el muchacho que se viste de novia
en la oscuridad del ropero,
ni contra los solitarios de los casinos
que beben con agua el asco de la prostitución,
ni contra los hombres de mirada verde
que aman al hombre y queman sus labios en silencio.

Pero sí contra vosotros, maricas de las ciudades,
de carne tumefacta y pensamiento inmundo.
Madres de lodo. Arpías. Enemigos sin sueño
Del amor que reparte coronas de alegría.
Contra vosotros siempre, que dais a los muchachos
Gotas de sucia muerte con amargo veneno.
Contra vosotros siempre,
Fairies de Norteamérica,
Pájaros de La Habana,
Jotos de México,
Saraos de Cádiz,
Cancos de Madrid,
Floras de Alicante,
Adelaidas de Portugal.
¡Maricas de todo el mundo, asesinos de palomas!
Esclavos de la mujer, Perras de sus tocadores.
Abiertos en las plazas con fiebres de abanico
O emboscados en yertos paisajes de cicuta.
¡No haya cuartel! La muerte
mana de vuestros ojos
y agrupa flores grises en la orilla del cieno.

¡No haya cuartel! ¡Alerta!
Que los confundidos, los puros,
los clásicos, los señalados, los suplicantes,
os cierren las puertas de la bacanal.

Y tú, bello Walt Wihman, duerme a orillas del Hudson
con la barba hacia el polo y las manos abiertas.
Arcilla blanda o nieve, tu lengua está llamando
Camaradas que velen tu gacela sin cuerpo.

García Lorca llegó a Nueva York el 25 de junio de 1929, huyendo de la crisis incubada por una frustrada relación con un joven pintor. Cuando el Olympic, que lo transportó desde Southampton atracó en el puerto lo esperaban los profesores Ángel del Río, Federico de Onís y el poeta León Felipe. Estos intelectuales españoles lo alojaron, lo matricularon en cursos de inglés y fueron sus cicerones en Nueva York. Se relacionó con poetas, pintores, músicos de jazz. El biógrafo inglés Ian Gibson presume que García Lorca mantuvo relaciones de corte equívoco con el profesor español José Antonio Rubio Sacristán, graduado de historia en Estados Unidos, y con el crítico de arte catalán Joseph Gudiol, compartió una semana un piso. Igualmente, en La Habana surgió la simpatía por los negros iniciada en Nueva York, que se expresa en la “Oda al Rey de Harlem”. Gibson insinúa que tuvo relaciones con adolescentes mulatos cubanos.

El partner más constante y traumatizante fue el escultor Emilio Aladrén Perojo, causa de su viaje a Nueva York. Aladrén ingresó en la Escuela de Bellas Artes, donde concurría García Lorca a buscar a Dalí en 1922. Era ocho años menor que Federico. Algunos amigos del poeta despreciaban al escultor, considerando que ejercía una fuerza maligna que descontrolaba a Federico. El periodista español Rafael Martínez Nadal recuerda que el poeta llevaba al escultor por todas partes y lo presentaba como una promesa de las artes plásticas. Pero Aladrén fue artista mediocre y no remontó vuelo, pese a los esfuerzos promocionales de Federico. No obstante, durante una muy larga temporada, Aladrén parece que rigió los cambios de humor intempestivos del poeta. Como andaluz, García Lorca tenía “duende”, es decir un don o carisma especial para cautivar a las personas con su alegría de vivir y sus ejecuciones al piano y las canciones que

entonaba con voz de metales quebrados. La alegría, cuentan sus amigos, era su estado de gracia casi natural. No era raro, sin embargo, que de pronto cayera en depresiones profundas, en sombríos estados de ánimo, marcando una dualidad vida-muerte, omnipresente, asimismo, en su obra poética. Algunas veces, las depresiones fueron motivadas por “las traiciones” de Aladrén, quien, al cabo de los años, consumó la desfachatez de casarse, sumiendo al poeta en incontrolable melancolía. La mayor parte de los abatimientos partían del presagio de acabar sus días por una muerte trágica, de intuir la muerte como una presencia indisociable del horror. Constantemente, Federico se “espantaba” como los toreros y los cantaores gitanos. Abandonaba entonces todos los quehaceres y se encerraba a piedra y lodo en severa soledad, acorralado por los fantasmas que le atormentaron hasta su definitiva muerte física.

El fusilamiento sumario y patético de Federico García Lorca fue provocado tanto por su simpatía por la República y la revolución social que llevó en el alma como, al parecer, por la turbia mezcla de envidia y odio que suscitaba en Granada en los pederastas locales que no soportaban su fama y leyenda. A ojos de los falangistas que determinaron su ejecución lo mataron por “rojillo y maricón”. Sus padres y amigos no entendieron en el primer momento qué clase de saña bárbara se encarnizó contra el poeta para llevarlo hasta el extremo de su fusilamiento sin proceso judicial ni causa explícita. La familia pretendió ignorar la homosexualidad de Federico. Nunca la comentó por un pudor comprensible. Es tema tabú en la biografía escrita por su hermano Francisco. Por otro lado, algunos políticos franquistas lo repudiaban considerándolo hijo mimado de terratenientes que, sin respeto a su clase, anduvo de brazo con socialistas y comunistas, sin contar con actores, al decir de ellos, despreciables cómicos de la legua. Gente infeliz de mente cavernícola estos reaccionarios de Granada que han ocultado siempre su complicidad en tal acto de primitivismo.

La celebridad que le acompañó desde la publicación del Primer Romancero Gitano y la publicidad internacional que nimbó su nombre exacerbaron el odio de los aldeanos condenados al anonimato *per secula seculorum*.

Federico fue siempre un privilegiado de los dioses que signaron su muerte. Nació en el seno de una familia de dueños de latifundios. La poesía y el teatro lo elevaron a niveles de indescriptible felicidad. Afluían numerosos turistas extranjeros que viajaban a Granada sólo por saber dónde había vivido en su niñez el poeta Federico García Lorca. Era un héroe nacional. Pero cohabitaba con la zona oscura de una homosexualidad congénita que no tranzó con maricas y

perversos profesionales. El dramaturgo Cipriano Rivas Cheriff, homosexual como Federico, escribió que en 1935 éste le dijo: “Sólo hombres he conocido, y sabes que el invertido, el marica, me dan risa, me divierten con su prurito mujeril de lavar, planchar, pintarse, vestirse de faldas, de hablar con gestos y ademanes afeminados. Pero no me gusta”.

Similar distancia con los maricas fijó en un libro de poemas en prosa, “Ocnos”, el poeta andaluz, Luis Cernuda. Los describe como seres extraños que el vulgo popular perseguía cuando pasaban por las calles, contoneando caderas con zarcillos, lentejuelas y pañolones de colores. Se susurró, asimismo, por aquellos años asaz nefastos para la identidad sexual que el poeta Vicente Aleixandre era hijo de Venus y Eros. Según testimonio del poeta granadino y amigo de la familia García Lorca, Luis Rosales, a Federico le aterró que pudiera considerársele un marica pueblerino y doméstico, de pestañas rizadas y de uñas y boquitas pintadas.

Contra el alud de los prejuicios y las incomprensiones, Federico García Lorca se arriesgó a asumir el drama que le carcomió el alma y, sobre todo, a expresarlo en un poema, que es una confesión, un alegato, un reconocimiento público de su identidad erótica, pero un exorcismo tardío que no pudo espantar a los demonios acurrucados en las terribles galerías de su propia tierra natal donde sucede que nadie es profeta sino un tío famoso odiado hasta las cachas por su inteligencia.